sus milagros. Hallándose en Betania con la turba fiel que siempre buscaba su compañía, el Salvador Divino envió en la tarde á algunos de sus discípulos para la conveniente preparación de aquel lugar, y él mismo se encaminó después hacia la ciudad de David y Salomón, cuando sobre las cúspides de Sión y del Olivete brillaba el último rayo del sol ya moribundo, que, corriendo rápidamente al ocaso, no quiso ser ofuscado por la llama resplandeciente de amor que aquella noche se encendería en la tierra. Llegó, por fin, y dispuesto ya el deseado convite, púsose á la mesa en medio de los que amaba.[1] Durante la cena, en que se sirvió, conforme á los ritos legales, el cordero de un año, Jesús dirige la palabra á todos y á cada uno, y los apóstoles y los discípulos reconocen en cada una de sus palabras, ó un dogma que deben creer, ó una instrucción que han de grabar en su inteligencia, ó una regla segura de su conducta: háblales de su Divinidad y de los varios misterios concernientes á Él mismo y á la religión, cuyos fundamentos va á poner; háblales de su próxima separación, y les hace aquella solemne promesa del Espíritu de verdad y de consuelo, que sobre ellos vendría después de su partida para llenarlos de sus dones;[2] háblales, por último, del afecto singular que les profesa, y su corazón se dilata al indicarles los modos admirables con que quiere manifestárselos. Mas ¡ay! que también entonces hubo un momento en que

1 S. Marcos. XIV, 17.
2 S. Juan. XVI, 7.

Jesús, queriendo iniciar el drama sangriento y doloroso de su pasión, indica la presencia del que le ha de poner en manos de sus implacables enemigos, y deplora amargamente y maldice la suerte del traidor é ingrato discípulo.[1] ¡Increible contraste! Juan reclinado en el pecho de Jesús, y Judas disponiéndose á venderlo por una vil suma de dinero. . . . Entretanto, el Hijo Divino de María está á punto de consumar sus recónditos designios. Oigamos, por fin, al historiador sagrado, al predilecto discípulo:

"La víspera, dice, de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que era llegada su hora para pasar de este mundo á su Eterno Padre, habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y así, terminada la cena. . . . sabiendo Jesús que el Padre le había puesto en las manos todas las cosas; que había salido de Dios y que á Dios volvía, se levanta de la cena, deja sus vestidos, y tomando una toalla, cíñese con ella. Echa después agua en un lebrillo, y comienza á lavar los pies de sus discípulos, y á enjugarlos con la toalla de que estaba ceñido. Llega á Simón Pedro, que dice: "Señor, ¿tú me lavas los pies?" y le responde Jesús: "ahora ignoras, después sabrás lo que hago." "No, dice Pedro, jamás me lavarás los pies." "Si yo no te lavare, repuso Jesús, no tendrás parte conmigo." Entonces Pedro agrega: "Señor, no solamente los pies, también las manos y la cabeza." Dícele Jesús: "El que está lavado no necesita sino lavarse

1 S. Lucas. XXII, 22.

los pies, y vosotros estais limpios, pero no todos." Porque Jesús sabía quién lo había de entregar, por eso dijo: no todos estais limpios. Después, en fin, volvió á tomar sus vestidos y se puso otra vez á la mesa."[1]

Así preparado el espíritu de los discípulos, saca entonces el Divino Maestro de los ricos tesoros de su misericordia y de su poder, un medio el más apto, y hasta allí desconocido, de consolar á la porción afligida que le rodea; un rico presente capaz de satisfacer liberalmente sus votos, y llenar el vacío inmenso que deja en sus corazones al separarse; un dón, en fin, tan precioso, que nadie había imaginado y que ninguno jamás se habría atrevido á pedir. Sí. ¡Oh exceso incomprensible de amor! El mismo Jesús quiere permanecer en medio de ellos, no como hasta entonces, sino de un modo más admirable todavía; de un modo que les inspire más confianza y que pueda acomodarse á todos los tiempos y á todos los lugares; de un modo, finalmente, que pueda unirse á ellos con tal intimidad, que, entrando en sus mismos corazones, permanezca en ellos y ellos en Él. Quiere ser, desde aquel momento, el principio vivificante de las almas, y derramar en ellas tantos consuelos y gracias cuantos sean los instantes que quieran unirse con Él.

"Yo aprendí del Señor, dice el grande apóstol San Pablo, lo que os tengo también enseñado;" y es que Jesús, en la misma noche que había de ser entregado, tomó el pan, y dando gracias, le partió y dijo á sus discípulos: "tomad y comed: este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado: haced ésto en memoria mia." Tomó de la misma manera el cáliz después de haber cenado, diciéndoles: "este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced ésto en memoria mia, cuantas veces le bebiereis. Porque todas las veces que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciareis la muerte del Señor hasta que venga."[1]

1 S. Juan. XIII, 1 y siguientes.

No hay labio humano que pueda explicar este amor infinito de Jesús á nosotros. Por eso Él mismo se ocupó de explicarlo, sí, á sus discípulos, en esas solemnes palabras que después fué pronunciando por el camino del Cenáculo á Getzemaní. "Como el Padre me amó, así también yo os he amado: perseverad en mi amor. Este es mi mandamiento: que os ameis los unos á los otros como yo os amé. Ninguno tiene mayor amor que Éste que expone su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hicieres las cosas que yo os mando. No os llamaré ya *siervos*, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor; mas á vosotros os he llamado *amigos*, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oido de mi Padre. No me elegísteis vosotros á mí, mas yo os elegí á vosotros y os he puesto para que vayais y lleveis fruto, y permanezca vuestro fruto. Por ésto os mando que os ameis los unos á los otros."[2] Si al leer ésto nuestros ojos no se llenan de lágrimas, no sabemos ni agradecer ni amar.

1 1ª á los Corintios. XI, 23 y siguientes.
2 S. Juan. XV, 9 y siguientes.

V

Los deseos de Jesús estaban cumplidos: el género humano, cúanto decirse puede, enaltecido; el mayor de los prodigios, consumado. "¡Oh liberalidad impensada! exclama atónito el gran Pontífice Urbano IV, en la que el dón que se nos da es la persona misma del que nos lo da."[1] Justamente agradecida la Iglesia, firme columna de la verdad, dirige, millares de veces cada dia, estas bellísimas palabras al Autor único y soberano de la verdadera grandeza humana: "De un modo admirable criaste al hombre, y le constituiste en dignidad sobre todos los demás séres; pero de un modo todavía más admirable, has reparado su naturaleza envilecida."

¡Género humano! Si has olvidado tu historia, recuérdala. . . . Así podrás entender la economía admirable que ha seguido en todo lo que se refiere á tí, el Sér Eterno, magnífico y providente, que, feliz por sí mismo, para su gloria esencial no necesita de tí. Envuelto en las sombras de la posibilidad, estuviste trazado en los senos eternos de la mente divina, hasta que llegó el momento en que debías salir á la existencia, llevando en tu sér el sello indeleble de la Divinidad, para presidir á la creación entera. Mas ¡ay! aunque colmado de los favores del Criador, emprendiste, ingrato, una carrera de aberraciones en cuyo término estaba tu desgraciada ruina. Perdió muy pronto tu memoria hasta la idea del

1 Const. «*Transiturus*,» ann. 1262.

Hacedor Supremo, que se había complacido en sacarte de la nada, para hacerte feliz. ¿Cuál, pues, habría sido tu suerte, si tus desvaríos no hubieran obtenido su clemencia? Habrías indudablemente perecido. Pero su mano benéfica no dejó por eso de señalarte el sendero de la felicidad, y no obstante las densas tinieblas á que te había conducido la pérdida de la justicia original, pudiste vislumbrar de lejos la consoladora esperanza de volver algún dia á la gracia del Eterno. Corriendo los tiempos, viste aparecer, uno á uno, aquellos de tu especie que, elegidos é inspirados por el Espíritu de Dios, fijaron en sus vaticinios los nobilísimos caracteres de tu futuro Mediador.

Tus deseos, empero, reconocían un límite; tus esperanzas un término. No pasaban más allá del restablecimiento de la amistad primitiva con tu Soberano Autor. Apreciabas en su verdadero valor este señalado beneficio de su bondad, y no podías concebir ni esperar otro mayor. Y sin embargo, en la noche memorable que precedió á tu reparación, Jesús, esta fuente divina de tus glorias, cubriendo lo pasado con un velo impenetrable, sólo piensa en apurar los excesos de su amor, ennobleciendo y elevando tu naturaleza á una altura que excede toda ponderación, al consumar su unión más íntima contigo. ¡Oh favor insigne, maravilla inaudita, liberalidad increible! Congratúlate ¡oh linaje de Adan! por esa suma inmensa de gracias, por esa felicidad infinita que has recibido en la posesión íntima, plena y absoluta de tu Dios y Salvador.

VI

Y tanto más crecen esta bondad y munificencia de Jesús, cuanto es mayor el número de aquellos á quienes se extiende. Él quiere hacer participante de sus magníficos dones, no sólo á la generación que lo ve morir, sino también á todas las que han de sucederse en el dilatado trascurso de los siglos. El sacerdocio de la nueva ley, esa institución admirable, que, dejando abajo los monarcas del mundo, eleva al hombre más allá de la grandeza humana; que lo lleva á ejercer las mismas altísimas funciones de Jesucristo, y lo asocia á la grandiosa obra de la restauración moral de la humanidad, será el que, según el mandato del Eterno Sacerdote, llevará á las naciones el precioso alimento de la Eucaristía, para depositar en todos los corazones esta prenda de la vida futura, y sembrar en ellos la fecunda semilla de la inmortalidad.

¡Ah! En los tres primeros siglos del Cristianismo, cuando la Iglesia naciente sostenía tan rudos y reiterados combates, ¡cuánto vigor y esfuerzo hallaban en este pan de vida, justamente llamado de los fuertes, tantos millares de mártires, para comparecer con frente serena delante de los tiranos, y arrostrar, con ánimo denodado, los tormentos más crueles, la muerte más atroz! En esa tenaz é interminable lucha que agita la rebelión de la carne contra el espíritu, ¡qué hermosa es la serie de los triunfos alcanzados por la virtud saludable y eficaz de

ese vino misterioso que engendra vírgenes! En todas las edades, en todos los países, en las diversas vicisitudes de la vida humana, ¿á quién son desconocidas la fuerza interior y la heroica intrepidez con que marchan, afrontando todos los peligros, por el camino de la justicia y de la verdadera gloria, los que dignamente reciben este manjar del cielo? Y en nuestros dias, en medio de la indiferencia religiosa y de la cínica impiedad que trabaja las sociedades, ¿no vemos con indecible placer nuestros altares rodeados de corazones fieles, reproduciendo millares de veces la tierna escena del Cenáculo, para permanecer constantes en la fe, entre las persecuciones del Catolicismo, como los apóstoles durante la triste Pasión de su Divino Maestro?